

La Luz del Porvenir

Gracia 13 de

Abril de 1893.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol, 5, bajos,
y calle del Cañón, 9, principal

SE PUBLICA LOS JUEVES**PUNTOS DE SUSCRIPCION**

En Lérida, Cármen 26, 3 En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante S. Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—¡Antes morir que matar!—¡¡Con un solo brillante!!—Caretas.—A mi hijo.

ADVERTENCIA

Rogamos á los suscriptores de LA LUZ DEL PORVENIR que los que quieran continuar la suscripción, tengan la bondad de renovarla antes del 4 de Mayo próximo, ó de dar aviso que continúan suscritos, pues los que no avisen ni envíen el importe de la suscripción, dejarán de recibir el periódico al comenzar el año XV de LA LUZ.

Suplicamos también á los corresponsales que salden sus cuentas con esta Administración, pues sin el buen orden administrativo no hay empresa que pueda seguir adelante.

¡ ANTES MORIR QUE MATAR!

Ya he dicho muchas veces que mis mejores estudios los hago en la humanidad, hablando con unos y otros, no porque desdeñe estudiar en lo mucho y bueno que se ha escrito, que si algo yo deseo en este mundo es poseer una buena y escogida biblioteca. Desde niña atraían poderosamente mi atención las grandes librerías, y entraba en ellas con religioso respeto. Recuerdo que hace muchos años, estando en Deva, visité el palacio de D. Leopoldo Augusto de Cueto, y al entrar en su magnífica biblioteca, verdadera maravilla en todos sentidos, al ver aquellos artísticos estantes que contenían lo mejor de lo mejor que se ha escrito en los pueblos civilizados, confieso ingenuamente que no me postré de hinojos temiendo que se rieran de mí, pero si el alma pudiera tomar alguna postura, indudablemente que la mía se hubiera arrodillado, orando fervorosamente en aquel magnífico santuario de la sabiduría humana. Nunca he olvidado aquel salón en el que *todo hablaba*: allí se respiraba una atmósfera distinta, y en ninguna de las Catedrales que he visitado, he sentido aquella religiosa admiración que experimenté en la biblioteca de Augusto de Cueto. Y refiero estos recuerdos de mi pasado, para demostrar que soy amantísima de la lectura; pero como para leer con aprovechamiento se necesita tiempo, y á mí me ha faltado siempre por diversos motivos, he aquí una de las

causas por que aprovecho en muchas ocasiones las historias que vienen á contarme unos y otros, y hasta la opinión y el parecer de los seres más humildes y más ignorantes, siguiendo en esto el consejo amistoso que me dió en Madrid el inolvidable escritor Roque Barcia, que, con su gracejo particular, me dijo así:

—Amiga mía, le causaría á usted risa si conociera algunos censores de mis obras; no acostumbro consultar con mis más íntimos amigos, por dos razones muy poderosas: la primera, porque á los unos les ciega el cariño, y la segunda, porque á los otros el gusano de la envidia les roe las entrañas, y el voto de ninguno de ellos es válido para mí.

Durante algún tiempo, observó mi mujer que cuando venía el carbonero, se paraba al salir delante de mi despacho y escuchaba con deleite lo que yo leía, haciendo signos de aprobación en los puntos más culminantes de mi escrito. Yo tengo la costumbre de escribir y leer cada párrafo que escribo.

Una mañana, hice entrar en mi despacho al carbonero, diciéndole:

—Vamos, hombre, dice mi mujer que eres muy inteligente, y te voy á leer un capítulo de una obra que estoy escribiendo, á ver qué te parece.

El muchacho se sentó muy serio, y se volvió todo oídos para escuchar mi lectura. Cuando concluí, le miré, y noté que en su semblante se retrataba el disgusto y la contrariedad.

—¿Que no te gusta lo que te he leído?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Porque usted se ha quedado muy satisfecho insultando, pero no lo estarán así los insultados. Usted hiere con ese escrito; pero no enseña como en otros muchos que he leído de usted.

Se fué el carbonero, volví á leer el capítulo censurado y rasgué inmediatamente las cuartillas, porque, en realidad, en mi vida había escrito nada peor; las advertencias de aquel ser tan humilde, ya ve usted, mozo de una carbonería, las tuve muchas veces muy en cuenta; hubiera sido un crítico admirable.

Mas veo que, entregada á mis recuerdos, me aparto algún tanto del objeto principal de este artículo, que es tributar un homenaje de profunda admiración á dos hombres que nunca he visto, que no sé cómo se llamaron, y que, sin embargo, á serme posible, haría un viaje para dejar en su huesa un ramo de flores.

Hablando hace algunos días con un guardia civil, espíritu muy adelantado, muy estudioso y muy observador, me dijo lo siguiente:

—Amalia, ya que tanto te fijas en las cosas, te contaré un hecho rarísimo, que lo presencié un compañero mío, el cual merece toda mi confianza, y que, además de á él, lo he oído referir á otros varios, pero mi amigo, sobre todo, es para mí la mejor garantía de su autenticidad, porque á formal y á verídico no hay quién le gane.

Hace bastantes años que la provincia de Extremadura se vió invadida por tantos forajidos, que la Guardia civil no tenía descanso ni sosiego, siempre en persecución de los salteadores, que robaban, mataban, incendiaban y eran el terror y el espanto de los pobres labradores, que perdían sus ahorros, sus casas y hasta la vida. A tanto llegó el descaro y la osadía de los malhechores, que el general que mandaba entonces los Tercios de la Guardia civil, ordenó que sin formación de causa se fusilara á los bandidos donde se les encontrara, pues sólo arrancando la mala hierba de raíz, podrían vivir tranquilas centenares de familias consagradas al trabajo más rudo.

Se obedeció la orden, y en los bosques de aquella pequeña India de España, pagaron con su vida sus muchas fechorías una gran parte de aquellos facinerosos sin corazón.

Una tarde, un pelotón de guardias civiles, al mando de un sargento, cogieron á nueve salteadores, los ataron fuertemente y emprendieron la marcha hasta llegar á un sitio á propósito para despacharlos al otro mundo. Entre los guardias, había dos individuos que hacía poco se habían incorporado á la fuerza que perseguía sin cuartel á los bandoleros; se enteraron, como los demás, de lo que tenían que hacer con los amigos de lo ajeno, y se callaron, porque el que manda, manda, y no hay más.

El sargento hizo alto en un ventorro, esperando que el sol se pusiera; los presos, bien custodiados, estaban sentados al pie de unos matojos; y los guardias, unos se paseaban esperando la orden para marchar, y otros permanecían sentados. Entre éstos estaban los dos individuos que habían llegado últimamente. Nadie estaba contento; porque eso de matar á sangre fría no es ningún plato de gusto; pero como en la milicia el que no obedece paga con su vida, nadie decía una palabra, ni mala ni buena. Al fin el sargento dijo: "¡marchen!", y los bandidos fueron los primeros en ponerse en pie, rodeados de los guardias, emprendiendo todos el camino; más á los pocos pasos, dijo el sargento con extrañeza: Aquí falta gente. Volvió la cara y vió á dos guardias sentados, á lo lejos, al pie de un ribazo. Tanto le extrañó aquella desobediencia, que él mismo retrocedió, y llegando hasta ellos, tocándole bruscamente al uno en el hombro, exclamó: ¿Hasta cuándo durará ese sueño? Al tocarle, el guardia se inclinó sobre su compañero, y los dos cayeron como masa inerte. El sargento, á pesar suyo, retrocedió asombrado: ¡aquellos dos hombres estaban muertos!...

Cumplió el jefe de la fuerza su cometido, y en dos carros fueron conducidos los cadáveres al cementerio del vecino pueblo. A los dos guardias muertos les hicieron la autopsia, y los médicos que los reconocieron, dijeron que no tenían lesión alguna; que eran, por el contrario, dos cuerpos sanos y robustos; que habían muerto de ¡angustia! Entonces, los otros guardias recordaron, incluso el sargento, el disgusto, la repugnancia, el enojo que habían mostrado al saber que tenían que matar á los malhechores; y conforme vieron que se aproximaba la hora, ¡qué sensación tan dolorosa deberían sentir! ¡qué angustia tan extraordinaria experimentarían aquellos dos espíritus, para separarse de su organismo, fuerte, sano, vigoroso, en el lleno de la juventud! Para romper tales ligaduras, debieron de sentir todos los horrores de la más cruenta agonía, diciendo con la entereza de los mártires: ¡Antes morir que matar!

¡Qué dos espíritus tan elevados! ¡Qué almas tan desprendidas de las miserias terrenales! ¡He ahí dos héroes, dos redentores, que prefirieron morir antes que destruir á sangre fría la vida de los otros! ¡Cuán grato me sería recibir una comunicación de esos espíritus! ¿Quién diría, al verlos con su uniforme, que eran dos espíritus que odiaban todos los procedimientos de la fuerza? ¿Tomaron por expiación tan enojosa carrera, y no pudieron doblegarse á sus horribles exigencias? ¡Quién sabe!... ¡Hay tanto que estudiar en la eterna vida del espíritu!... A veces, en el fango, se encuentran perlas; y entre flores perfumadas, reptiles repugnantes que se ocultan entre sus matizadas hojas.

¡Cuántos que pasan por filántropos y por hombres de gran corazón, se encogen de hombros cuando están en la intimidad de la familia, si oyen contar el relato de una desgracia horrible; y en cambio, otros que quieren la nivelación social, cuando

ven una de esas escenas dolorosas, se estremecen, y si no tienen qué dar, piden una limosna para socorrer á los que lloran!

¡Qué pocos espíritus viven en su centro! Esto ¿qué nos enseña? Que la vida de aquí es un capítulo de nuestra eterna historia; no puede ser de otra manera, tiene que admitirse la supervivencia del alma.

Mucho me ha hecho pensar la muerte de los dos guardias civiles, que vivieron tan fuera de su centro. ¿Por qué eligieron la carrera de las armas? ¿Por qué estuvieron tan en contacto con los vengadores de los atropellos?

¡Almas generosas! Yo os admiro y os consagro mi recuerdo; y creo, que al llegar al espacio, mi primera pregunta será: ¿Dónde están aquellos dos espíritus que dijeron en la Tierra: "Antes morir que matar,"? Y quizás una voz amiga me responda: ¿Ves aquellos dos soles, cuyos rayos no puedes mirar? Pues es la nube fluidica que envuelve á esos espíritus, cuya luz aún no puedes contemplar.

AMALIA DOMINGO SOLER.

¡CON UN SOLO BRILLANTE!

En una populosa ciudad vivía una mujer millonaria que en su perfil se dibujaba la perfección escultórica, pero su cutis era fácilmente transformado según los cosméticos que usaba; su fondo no era malo pues tenía carácter afable y bastante comunicativo y más aún con su camarera, joven, discreta, con esa hermosura natural que además de sus dotes físicas unía un talento nada común, soñadora de imaginación aficionada á filosofar. A pesar de la distancia social que las separaba, gustábale á la señora conversar con su doncella y aunque sus pensamientos fueran discordantes, la dama respetaba los de ésta, que á su vez sabía muy bien no salirse de la esfera que su desgraciado destino le habia deparado.

Una noche que la señora debía asistir á un baile de gala, se esmeró en su tocado poniéndose una rica diadema de brillantes, en la que se descollaba uno por su grueso volumen y chispeantes reflejos. Cuando hubo dado el último toque á su *toilette*, preguntó á la doncella:—¿estoy bien?—Artificialmente arrebatadora, contestó ésta.—Pues éste es mi deseo, deslumbrar.—¿Y halla V. placer en que la envidien? preguntó á su vez la camarera.—No sé qué decirte; cuando vuelva hablaremos dijo la dama.

Mientras la soñadora Elisa esperaba el regreso de su señora, no cesaba de pensar en el tesoro que ésta llevaba, y en la miseria del pueblo, debido todo á su abandonada educación. Aun estaba meditando, cuando el ruido de un carruaje anuncióle la llegada de la señora y fué á recibirla á la antesala poniéndose á la derecha de una fila de servidores que habia en aquel semi-palacio residencia de una sola mujer aristocrática.

Todos se inclinaron con gran respeto y Elisa cogió la diminuta mano de ésta acompañándola al precioso gabinete que servía para tocador. Mientras quitaba las ricas galas á su señora, la dijo ésta:—Parece que estás preocupada, nada me dices.—No, señora; he meditado durante su ausencia y como he notado que no vuelve V. alegre, temí cometer una indiscreción al preguntarla si se había divertido.—Nada; casi puedo asegurar, que sólo he conseguido aburrirme, pues son muy molestas las fórmulas de la etiqueta social.—Pues el golpe de vista que V. ofrecía era

encantador.—No lo dudo, pero también he notado que eran más codiciados mis brillantes que mi persona. Mucho agasajo, grande adulción, pero siempre se nota esa forma estudiada, nada nueva. Sonrisa en los labios, y porzoña en el corazón. Todo me cansa; no creas que los ricos somos felices. También las lágrimas corren por nuestras mejillas, y las tenemos que ocultar para no dar pábulo á los comentarios. Te aseguro que algunas veces envidio la suerte de la hija del pueblo.....—Si la señora me lo permitiera quizás pudiera decirle yo el porqué de esa nostalgia que mina su existencia marchitando la lozanía del bello jardín de su inteligencia.—Mira, Elisa, no tengo sueño y te prometo escuchar con benevolencia...

—A V., señora, la han educado separándola del conjunto social; cuando niña, han procurado satisfacer todos sus caprichos rodeándola de superfluidades; la han adornado con ricas galas y cual si las naturales no fuesen hermosas, se las han ofrecido artificiales. Como puerto de salvación para el *más allá*, le han pintado un cielo, fácil de escalar, mediante el cumplimiento de las formas católicas romanas, y en haciendo lo que manda la iglesia aunque sea una vez al año, ya le han asegurado que tiene V. su alma adherida á la gloria eterna, y para más merecimiento, hánla dicho, diera V. algo de su sobrante como limosna á comunidades religiosas; pero á pesar de todo esto, su espíritu se siente enfermo y busca muchos adornos que solo consiguen adormecer el hastío breves momentos. Volviendo á buscar nuevas emociones las ricas labores la cansan; el arte tiene poco atractivo para V.; los libros son monótonos cuando se desconoce el valor de su concepción y es, porque estos brillantes que acabo de quitarle en este momento, obscurecen el brillante más valioso y siempre existente, llamado inteligencia, sin reflexionar que aquéllos no brillarían, si antes no hubiese brillado el genio del hombre aplicándolo al arte y sin el cual, no serían más que el rústico fragmento de un trozo de carbón mineral.

—¿A cuánto ascenderá el valor de ese brillante que tanta admiración causa en las reuniones que V. asiste? Me costó cincuenta mil reales, contestó la señora. —Ya ve V.; dos mil quinientos duros el pulimento de un solo fragmento de carbón cristalizado, que nada dice, que nada ilustra y solo remueve la envidia que es gemela de la calumnia. ¡Si yo tuviera el valor de este solo brillante!...—Dime. ¿Qué harías con ello?—Voy á intentar exponer á la señora mi pensamiento.

A mi modo de ver, todas las desdichas de ese pueblo productor, (para mi tan querido y para V. no comprendido) consisten en su abandonada educación. Todos los cerebros son volcanes ó rocas vivas que lanzan lavas á medida que se van desarrollando intelectualmente. Según su desarrollo, puede brotar de ellos cobre, plata, oro ó brillantes..... Esto último está en el fondo de cada uno. El cobre pervierte; la plata siente; el oro sueña y el brillante instruye y da luz, porque en este caso va hermanado con la ciencia el bien y la razón. El ignorante solo produce cobre y tiene las demás facultades embotadas por el dolor, y por eso las generaciones al transformar con el progreso su vida social, se elevan inspiradas por el genio que no pudo antes brotar por falta de amor y fraternidad. Pudiendo haber hecho antes su evolución los entendimientos, antes serían grandes y felices los pueblos. ¡Cuántos brillantes perdidos! ¡Cuántos inventos hollados! ¡Cuánto bien desconocido!...

—¿Y cómo podrías hacer brillar tú esas piedras del saber que juzgas perdidas?

—Por medio de la educación laica que es la que enseña la ciencia. La inteligencia es imperecedera, pero al estacionarse arrastra y embrutece impidiendo así que progrese la civilización y no llegue á su apogeo, mientras la alta clase social se aburre por demasiado gozar y la baja se ve azotada por el horror de no tener y el desaliento del no saber.

—¿Acaso crees que no ilustran las escuelas católicas?—No, señora, porque el rutinismo y las oraciones nunca han ilustrado, y los grandes centros ó Universidades que enseñan ciencia, están fuera del alcance de ese pueblo heroico que sufre y calla por ignorancia. La enseñanza laica es la luz del pueblo que debe ilustrar esas masas desheredadas que con la resignación del mártir sufre tantas privaciones. En esas masas existen oscuros y sepultados los brillantes de la inteligencia, que con su futuro brillo facilitarán la locomoción del progreso, en cuya marcha va envuelta la felicidad general.

—No vayas, Elisa, tan allá, y dime qué harías con el valor de mi piedra.—A ello voy, señora. Con este capital montaría una escuela modelo, aunque humilde en un principio; el sobrante del gasto de instalación lo colocaría en sitio seguro para ir pagando la pensión de los profesores; haría un llamamiento á los dormidos libre-pensadores todos que no se alarman al ver que á sus hijos se les educa todo lo contrario con los ideales que ellos propagan, y ayudada por todos los hombres amantes del bien y de la libertad, formaría con la educación sólida la gran sociedad futura. Conseguida la parte de la enseñanza laica, estudiaríase el fundar una sociedad que colectivamente atendiera á las necesidades y desgracias del individuo desvalido ó falto de trabajo, pues el tener que recurrir á implorar la limosna pública y la sopa ó la sobra de los conventos, esa limosna envilece al que la da y deshonorá á quien la recibe...

—¿Tanto te prometes hacer con tan escaso capital?

—Este poco capital no sería más que la base y como estaría amasada con la abnegación, estoy convencida que daría admirables resultados. Querer es poder.

A los veinte años de generalizada la buena educación, brillarían muchos miles de inteligencias, cuyos exparcidos rayos, levantarían al caído y harían bajar del pedestal de la usurpación al que todo lo acapara para sí sin medir los deberes humanos, que son Justicia, Trabajo, Libertad, Fraternidad y Amor.—Esto, Elisa, nos enseña el Catolicismo, dijo la señora...

—No puede admitirlo mi razón porque veo les hacen creer á ustedes que Dios aprueba ese desequilibrio social, causa primordial y constante de las torturas del pueblo. Todo lo que se separa de la ley lógica de igualdad ó compensación destruye la bella armonía que debe existir en todo. Separándose de la ley que enseña la Naturaleza, todo es falso y falto de duración.

—No razones mal, pero si nos despojáramos de esos adornos artísticos, el arte retrocedería en su progreso.

—Jamás señora el arte retrocederá. El planeta mismo es una obra artística de incalculable valor, pero el arte se estaciona y prostituye con su mala aplicación. El lujo siempre ha prostituído al arte. Arte que enriquece á unos para despojar á otros, no es tal arte, pues que mata tantas conciencias á la vista de un codiciado brillo, sólo es un abismo donde se sepulta el germen del bien. El brillante más luminoso es el saber; pulimentémosle con la educación libre y científica, y veremos brillar la aureola de la Ciencia y desaparecerá con la ignorancia, la demasía en unos y la miseria y desnudez en los otros. Estudie la vida de las hijas del pueblo y sólo podrá envidiar en ellas el heroísmo de su laboriosidad; pero se horrorizará al fijarse en la desolada viuda ó en el obrero sin trabajo al pedirles pan sus hijos, ó en los enfermos abandonados.

—Te prometo, Elisa, estudiarlo, pero entretanto me gusta mucho mi brillante.

Yo repito como Elisa: ¡Quién tuviera el valor de un solo brillante para saberlo emplear en el bien!

CONCHA SERAS.



CARETAS

¿Quién no la lleva algunas veces delante de la sociedad? Con careta de falso interés patriótico oculta el político venal su deseo de medrar á toda costa. Careta de falso dolor usa el mal hijo que deseando heredar á su padre llora ante su cadáver, y todo aquel que finge conmoverse ante el mal ajeno. Careta de hipocresía gasta el ateo que vive de la religión.

Careta de apariencia de rico cubre desgarradora miseria, y careta de risa ahoga llanto de dolor; y tantas caretas juntas ocultan el conjunto de una sociedad, cuya gangrena mata moralmente á muchos de sus miembros, que deseando el bien general, se asfixian en medio de tanto disimulo y doblez, y que siendo enemigos de caretas, se ven obligados á usar antifaz de benevolencia, para tanta mentira y falsas apariencias y... pero basta ya, pues si hubiese de enumerar el sin fin de caretas que ocultan los verdaderos sentimientos del hombre, acabaría por hacerme pesada.

Mucho se escribe sobre el Carnaval permanente, mucho se dice sobre sus inconvenientes morales; pero es una necesidad que todos tributamos á la conveniencia, y para que la verdad triunfase del disimulo, sería menester que la maldad desapareciese, con lo cual la miseria, las lágrimas, la desesperación, no habrían de ocultarse á miradas indiferentes.

A los seres desgraciados la careta del disimulo no les deshonorra, sufren en silencio privaciones, desengaños sin que el mundo penetre la inmensidad de su desgracia, y en parte hacen bien, porque los seres egoístas no pueden comprenderlos, y contestarían á sus quejas con una sonrisa de escarnio é indiferencia.

Seguid, seguid ocultando vuestro dolor, y así serán menos culpables los que gastan caretas para ocultar el cieno de sus almas ¡pero ay de ellos! ¡ay de aquel que arrastrándose por el lodo sabe cubrir con falsas apariencias sus inícuas y execrables acciones! Aplauso para el ser valiente y de elevadas aspiraciones, que en pugna con la sociedad, declara alto, muy alto, sus ideas, rechazando aunque la necesite la careta de las conveniencias.

ANTONIA PAGÉS.

A MI HIJO

A la luna misteriosa
con su clara y bella luz
yo le pregunto quejosa:
¿En donde está mi Jesús?

¿Por qué si en bella morada
está dichoso y contento
no mitiga mi tormento
con su cándida mirada?

¿Por qué al verme suspirar
con profundo desconsuelo,

no tiende hasta mi su vuelo
y me viene á consolar?

Y si en mi lenta agonía,
yo voy de mi muerte en pos,
la culpa no será mía:
es que no me escucha Dios.

¡Más Ay! que falta la luz
á la inteligencia mía;
preguntando noche y día:
¿En dónde está mi Jesús?...

UNA MADRE

DINERO DE LOS POBRES

X. 2 pesetas 50 céntimos; de Palma de Mallorca 5 pesetas; Enriqueta 15 id; Una señora 2 id; Ana 2 id; de Almonacid de la Sierra 2 id, *Un amigo de la humanidad* 25 id; De la venta de un legado de libros que ha hecho *La Irradiación* 5 pesetas 50 céntimos; de Padró 10 pesetas; total 69 pesetas que hemos distribuido del modo siguiente:

A una pobre viuda 4 pesetas 50 céntimos; á una anciana 29 id., á una familia en la mayor miseria 31; id. á una pobre vergonzante 2 id á un enfermo; 2 id 50 céntimos.

¡Nada queda en la caja de los pobres!

SUSCRIPCIÓN PERMANENTE PARA UN MÁRTIR DEL ESPIRITISMO

Suma anterior 837 pesetas 35 céntimos.

Un obrero 150 pesetas, Juan Ginestá 5 id., Antonio Bargada 5 id., Juan Cusi né 5 id, José Cusi né 5 id., de Palamós 9 id. X 2 id 50 céntimos el *Angel Araceli* 1 peseta. Jaime Garbarino 1 id. "Los *Hijos de la Fé*," 1 id, *La Hermandad Humana* de Tarrasa 10 id., Josefa Egea 1 id., Los espiritistas de Andújar 2 id. 50 céntimos de Arenys de *Mar* y de Arenys de *Munt* 3 pesetas total 1.088. pesetas 35 céntimos.

Se le han mandado las mensualidades de marzo y abril.

Continúa abierta la suscripción.

LA REVISTA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

LA IRRADIACION

HA PUBLICADO EN CASTELLANO LOS
PROCEDIMIENTOS MAGNÉTICOS
DEL PROFESOR

H. DURVILLE

DIRECTOR DEL

INSTITUTO MAGNÉTICO

DE

PARÍS

En este interesante folleto se explica con concisión y claridad los diferentes modos de magnetizar dándose útiles instrucciones para practicar los pases, imposiciones, aplicaciones, fricciones é insuflaciones magnéticas.

También se ocupa el autor, del magnetismo intermediario, dando á conocer los procedimientos para magnetizar los objetos valiéndose del magnetismo humano ó del imán.

Su precio es de 25 céntimos, expendiéndose en la Administración de la citada Revista Jacometrezo, 59, principal.—Madrid.

En LA IRRADIACION se están publicando los *Consejos practicos* del mencionado profesor para curar las enfermedades por el magnetismo.

La suscripción á la *Revista*; sólo cuesta 3 pesetas al año.
